

# MI AMIGO PAQUITO



Enguera desde el Arco del puente de la carretera de circunvalación. (Foto J. B. J.)

*Paquito Piqueras Arenas es mi amigo; nos trabó en la amistad una afición común, la afición a la caza; esta afición a la caza ha podido más que el medio siglo que le llevo yo por delante, y esta amistad ha sido para mí algo así como una transfusión de sangre, ha tenido para mí algo de primavera; estoy orgulloso de ella y me llena de contento.*

*Me alegro, Paquito, que seas cazador, que tengas afición a la caza; esto es, que te guste el campo, el monte, la naturaleza, la luna y el sol, y cuando esa noble afición brota en ti tan espontánea, tan natural, tan "brulladora", es que llevas en tus "buchacas llavor" de buen muchacho. Me alegro, Paquito, que seas cazador y te auguro grandes momentos de emoción y de felicidad, porque tu afición, Paquito, pertenece "al repertorio más puro de la felicidad humana" —lo dice un sabio—; y si consigues tener un buen perro, un buen perro pachón, un buen perro perdiguero, entonces sabrás lo que es canela fina; entonces verás lo que es la fidelidad, la obediencia, la sabiduría; entonces sabrás lo que es tener un buen compañero, lo que es tener un buen amigo, y yo te aseguro que muchas veces, muchas veces te acordarás de Lord Byron, cuando dijo aquello de que "cuanto más trato a los hombres, más me acuerdo de mi perro".*

*Y, ¿de dónde te viene a ti, Paquito, la afición a la caza?*

*Conozco a tus padres, he conocido a tus agüelos, conozco a tu familia, y no encuentro en ella cazadores; pero, ¡ah!, ya caigo, tú eres enguerino, y eso basta: lo lleva el terreno. Los enguerinos tenemos muy acusado este perfil espiritual y siempre llevamos algún gene de cazador por dentro dando vueltas por el circulatorio; por cualquier cambra de Enguera que busques siempre encontrarás "amagaos" unos ganchos de perdigote o alguna buena sendera para el conejamen.*

*Tú empiezas ahora, Paquito, y yo termino; tú eres un joven cazador y yo ya soy —cómo decirte— una especie de viejo lobo de mar, pero por la otra punta, por la del rastrojo y la montaña. Pero no importa; tú joven y yo viejo, vamos a cazar juntos; cazarémos juntos, Paquito; sí, haremos buenas caceras; pero vamos a cazar buscando la frescura de una buena sombra en verano y el rescoldo de un buen "resés" en invierno,*

porque trajinando por la loma tú me darías sopas con honda, Paquito. Vamos a cazar tú y yo bien asentaicos, sí, y yo te contaré muchas cosas de caza; te contaré extraordinarios sucedidos, extraordinarias pasás —como aquí decimos—; y esto ya es cazar; esto entra ya de lleno “en el rito mágico de la caza”, y hasta te daré algún buen consejo y alguna buena lección, como, por ejemplo:

No te desanimes si encuentras poca caza; nunca encontrarás la abundancia de caza que en el tornavela de la víspera sueña tu ilusión de cazador; aquí no abunda mucho la caza, escasean siempre las animalias indígenas —las perdices y los conejos—; pero sal bien pertrechado y con ánimo dispuesto a verlas solamente, y si, por añadidura, tiras una docena de tiros y matas un par de “perdigonas” o algún buen “cevil”, habrás conseguido algo grande; pero mira, esto no tiene importancia; el matar es lo de menos; lo esencial es cazar y cazar bien, darle ventaja siempre al monte, y ya es ventaja, Paquito, que haya poca caza.

Dice el sabio filósofo don José Ortega Gasset que para cazar es necesario que haya poca caza; las grandes cacerías son matanzas más que cacerías, y es verdad; lo esencial es cazar, el trajin de la caza; volverás muchos días de pala o de bolo, pero tus calzones y tus botas olerán a tomillo, a pebrilla y a hierba de olivas, y esto irá ganando el fuelle y la pituitaria.

Pero mira, Paquito, te podrás desquitar con el tordo, y el fuerte del tordo viene en tu época, en tus vacaciones de Navidad; este año su abundancia fue extraordinaria; miles de miles; es cacera de culo y catre, y ahí te acompaño de verdad; y no creas, no es moco de pavo esto del tordo; es caza que tiene alcurnia y prosapia; el Papa León XII era gran aficionado a cazar tordos; una inscripción de la Via Aureliana, en los jardines del Vaticano, conmemoraba una gran cacería de tordos dispuesta por este Papa “en un buen bosque frondoso con ayuda de liga” —rezaba la inscripción—.

Esta temporada pasada —como te digo— hemos tenido una verdadera invasión de tordos; ha sido general en toda España; en Gallur, cerca de Zaragoza, se mataron 53 toneladas, que los escabecharon en las fábricas de Valterra, Tudela y Gallur, y se vendieron a once duros kilo, según decía la prensa.

El tordo que viene por aquí es el zorzal, que es el mejor, de carne más succulenta, con sus pintas características y su vuelo airoso y rápido.

Tengo yo un curioso librito del siglo XVII y de autor anónimo que se titula “Secretos raros de Artes y Oficios”; entre otras cosas curiosísimas, habla de los tordos; dice que todos los tordos aprenden a hablar muy fácilmente, y para enseñarles se hace lo siguiente:

“Se tienen en una jaula capaz y se sacan de noche; se meten en un cántaro grande; allí se les enseña a hablar comenzando por vocablos fáciles, hasta que vayan aprendiendo, y luego se les puede enseñar a cantar alguna cosa. Después de haber aprendido se les suelta, cortándoles las primeras plumas grandes del ala derecha; se les tendrá donde no haya gato y se les dexará que anden por toda la casa, a fin de divertir a su dueño, y ellos mismos se alegran y regocijan.”

“Si se quiere que aprendan de día, se les pone solos delante de un espejo donde se miren, y detrás del espejo, de modo que ellos no lo vean, se pondrá el que los enseñare; como oyen hablar y a nadie ven sino su imagen que miran en el espejo, juzgan que aquél es otro tordo que habla, y aprenden con más atención y brevedad.”

Esto dice mi librito; como me lo cuentan te lo cuento. No sé qué decirte de esto, Paquito; no sé qué decirte de este curioso asunto; en realidad, los pájaros gárrulos y canoros son onomatopéyicos, todos hablan, pero hablan su lenguaje, y ha sido siempre afán del hombre enseñarles el nuestro, que es infinitamente más feo que el de ellos.

No hay trovador que cante su endecha a su amada con la belleza y el encanto con que lo hace el trino y gorjeo de un ruiseñor, o el pío, pío, pío de un gafarrón o de un cagamangos; yo creo que aquí lo que hay que hacer es todo lo contrario de lo que pretendemos; lo que hay que hacer aquí es aprender a hablar como ellos, como los pájaros, al menos para ciertas cosas; por ejemplo: si yo tuviera que pedir novia ahora, si yo ahora tuviese que hacer una declaración de amor, no escribiría esas cartas ridículas y estúpidas que se pertreñaban para estos casos allá en mis tiempos; ni menos usaría la majadería de una declaración de amor al uso:

—Estás jamón, me gustas horror, Pochola; ¿quieres que seamos novios?

Y ella:

—¡Desembraga y no corras, desembraga y no corras..

Yo, si ahora tuviese que conquistar a una muchacha, usaría el lenguaje de las aves y de los pájaros; yo, ahora la currucaría, la currucaría, como conquista un palomo buche a su paloma: ¡así, así!, curruqueándola, curruqueándola, curru-cu-tucúa, curru-cu-tucúa; y si no me hacía caso porque la chica estaba con la época, pues, ¡qué caray!, Paquito, la agarraría fuerte del pescuezo y le diría: —¡Ven aquí, que nos vamos a fundir en la estratosfera! ¡Tira palante, que viene el comandante!..., o cualquier otra lindeza de esta calaña...; pero tiene gracia la cosa: nosotros queriendo que los pájaros y que los tordos

hablen como nosotros; tiene gracia. ¡Si seremos presuntuosos! "Lorito real, ¿eres casado? ¡Jesús, que regalo!" Aquí en Valencia hubo un concurso de periquitos para ver quién decía mejor "El que pita es Pallardó" —le parece a usted bonita cosa—; y, de muchacho, yo me acuerdo que emborrachábamos con tabaco a los "moceguillos" y a las "sangrantañas" para que dijeran pecados, y, lo que son las cosas, Paquito, ni borrachos decían pecados los animalitos.

Yo creo, paquito, que esto de hablar los tordos es una trola como una casa; pero, mira, para ser buen cazador hay que saber contar buenas trolas; son tan esenciales a la caza como los cartuchos.

Los cazadores tenemos fama de embusteros, de mentirosos —en la cuestión de la caza, se entiende—; como esta fama no te la quitarás de encima nunca, como esta fama acompaña al cazador como su sombra acompaña su cuerpo, pues hay que hacer honor a ella y adoptar por divisa aquello de que "el que quiera saber, mentiras con él".

—¿Cuántas has matado —te preguntarán. Y tú, que vienes hecho polvo, aspeado y hecho la puñeta de trajinar todo el día por la loma sin verlas siquiera, contestarás rápido:

—Tres y una liebre —y te quedarás tan fresco.

Pero en realidad, esto que parece una trola, pues no lo es, porque, bien mirado, si las tres perdices y la liebre se te ponen a tiro, pues regularmente las hubieses matado, y esto basta, y entonces todo se queda en que has "desagerao" un poquillo, pero nada más. "Ego te absolvo!"

Los cazadores, es verdad, tenemos fama de embusteros. Pues, sí y no, Paquito; somos un tanto exageraos, pero nada más. Lo que en realidad ocurre en esto de la caza es que la caza es de por sí algo excepcional, es algo maravilloso; algo que está fuera de la realidad, algo que muchas veces parece mentira; el propio espectáculo de la naturaleza, en su propia salsa, al natural, como se aprecia cuando se va cazando, es algo que ya parece mentira; todo en la caza puede ser, puede suceder, puede ser verdad.

Las trolas que contamos los cazadores son trolas de antología; son bolas pulidas, brillantes, redondas; yo me las creo todas, porque de todo lo que cuentan los cazadores unas cosas son verdad y otras no lo son; pero estas cosas que no son verdad, son tan bonitas, tienen tanta belleza, llevan consigo una carga tan grande de sueño e ilusión, que yo no les quito un pelo del tremendo valor poético que tienen y de su enorme poder de sugestión. Tienen tanta belleza que, si no verdad, merecen serlo, y yo me las creo todas, por grandes que sean.

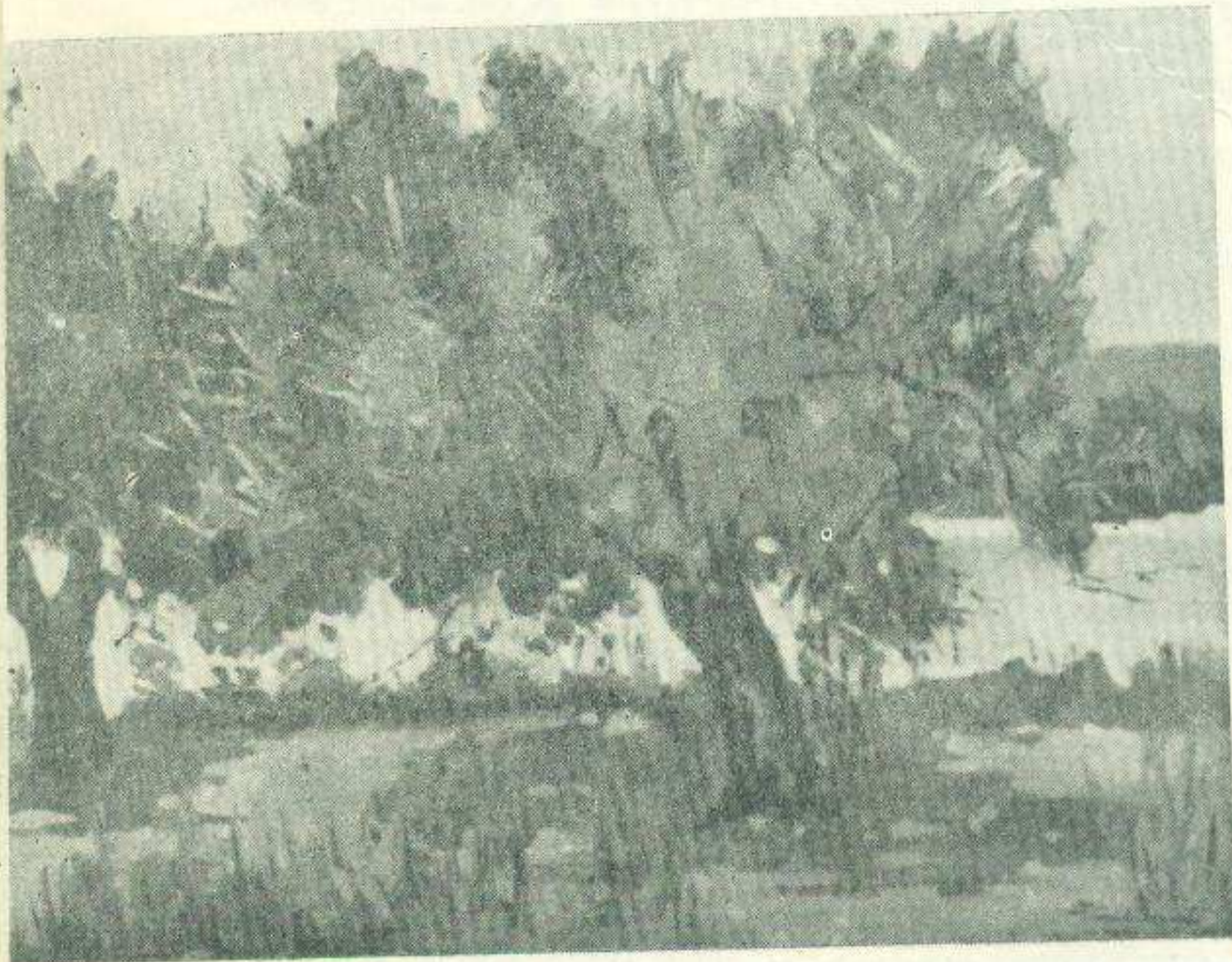
Yo te contaré cosas, Paquito, que son verdad y parecen mentira, y otras que son mentiras y parecen verdad.

Y tú me dirás: —Y ¿cómo conoceré yo las cosas que son verdad y parecen mentira y las que son mentira y parecen verdad?

—Pues este acertijo tiene otra parte, Paquito, que ya te contaré, ya te contaré...

MIGUEL CIGES PEREZ  
Magistrado.

Valencia, Julio 1967.



La tapia de los olivos. Oleo de María Luisa Manzanares Morell. Ayuntamiento de Enguera.

(Foto Fco. Juan)